

DISCURSO DEL RECTOR RAÚL BERTELSEN REPETTO

El inicio de toda tarea de largo aliento aconseja, antes de acometerla, un momento de reflexión. Esta reflexión se impone con más fuerza cuando la tarea que se emprende es una labor no para unos meses o unos pocos años, sino de décadas y, más aún, de siglos, como es el caso de una universidad.

Pero en esta reflexión no vamos a exponer una nueva idea de universidad. Sería vana presunción hacerlo, una muestra de orgullo, creer que hemos hallado una fórmula original para una institución que, en sus primeras manifestaciones, es casi milenaria. No tenemos una nueva idea de universidad, pero sí aspiramos a hacer bien una universidad.

Con palabras felices, referidas a la Universidad de Navarra, sintetizó lo que había de ser la universidad quien fuera su fundador y primer Gran Canciller: “Queremos hacer -dijo- un foco cultural de primer orden al servicio de nuestra Madre la Iglesia; queremos que aquí se formen hombres doctos con sentido cristiano de la vida; queremos que en este ambiente, propicio para la reflexión serena, se cultive la ciencia enraizada en los más sólidos principios y que su luz se proyecte por todos los caminos del saber.

A este ideal aspiramos también aquí, no al pie de los Pirineos, sino al pie de los Andes. Mas, para lograr este objetivo, es preciso un estilo de vida, una forma de actuar que responda a ciertas exigencias que deben informar el trabajo universitario. Y es, precisamente, a algunas de estas notas distintivas a las que quiero referirme brevemente en este acto inaugural.

La primera de estas características es la que, en lenguaje llano, podemos llamar trabajo bien hecho o, en expresión propia del mundo universitario, rigor académico. Trabajo de calidad de profesores y de alumnos y de todos cuantos laboren en la universidad.

En cuanto a los profesores, la universidad pide y espera de ellos no la colaboración a una obra buena a la que se aporta un poco de tiempo, sino una dedicación profesional, una tarea realizada por personas competentes, prestigiadas, que cultivan con rigor su disciplina, capaces de colaborar lealmente con la institución que los acoge y con quienes comparten sus afanes pedagógicos.

No obstante, la labor de un profesor universitario, para que pueda hablarse con propiedad de un maestro, necesita trascender, proyectarse a generaciones de alumnos. Y esto únicamente es posible cuando su magisterio tiene un carácter de ejemplaridad, cuando su vida es un modelo que suscita admiración. Lo recordó Juan Pablo II en 1982 cuando visitó la Universidad de Bolonia, universidad que, la primera de todas, comenzó su labor con el cultivo del derecho: "La experiencia enseña cuán importantes son las figuras de verdaderos maestros para comunicar no sólo el contenido de los conocimientos y el método de estudio, sino también la íntima pasión por la verdad, el esfuerzo moral que anima la investigación. Para ello -agregó- se requiere que los profesores mismos estén dedicados continuamente a la investigación. Quien enseña a los jóvenes sin ser ya capaz de investigar es como quien pretende saciar la sed de ellos sacando agua de un pantano en vez de sacarla de un manantial".

Mas la universidad no es sólo tarea de profesores. Sin el trabajo bien logrado de los alumnos, los frutos serán nulos o escasos. Por ello es necesario que el alumno sepa aprovechar su tiempo, adquiera y desarrolle hábitos de estudio, aprenda a pensar, a plantear problemas y a resolverlos creativamente, a hacer un uso responsable de su libertad. Toda esta preparación científica y profesional ha de estar unida a una sólida formación cultural y moral, pues lo que buscamos no son especialistas de mira estrecha ni científicos para los cuales no existe el problema ético del buen o mal uso que pueda hacerse de los conocimientos, sino personas que cultiven las ciencias con una dimensión de universalidad y con responsabilidad moral.

La universidad no sólo respeta y valora la libertad de profesores y alumnos, sino que cuenta con su recto ejercicio para el desarrollo de las múltiples posibilidades de acción que enriquecen la vida universitaria.

La realización de actividades de investigación, aplicación práctica del compromiso de todo académico en la búsqueda de la verdad; el ejercicio de los trabajos docentes con creatividad y la participación del profesorado en la variada gama que presentan las labores de extensión, son todas ellas tareas que solo pueden fructificar si se respeta la legítima libertad de los profesores. La universidad no impondrá como suya una hipótesis científica que haya elaborado un profesor, de la que éste es responsable, ni tendrá una opinión propia en materias en que es lícita la disputa entre los hombres.

Los alumnos de la universidad, que han llegado a ella en su libertad personal, contarán siempre, por su parte, con la posibilidad de efectuar aquellas actividades que contribuyan al desarrollo de su personalidad, como asimismo con el reconocimiento para formar e integrarse en grupos y asociaciones que respeten la vida académica. Porque valoramos la libertad de los alumnos y su reflexión

personal, reconocemos su derecho a recibir una formación sana y a no verse sujetos al pensar ideológico que desconoce su dignidad.

La universidad, producto ella misma de la libertad, confía que ésta sea siempre mantenida en materias educativas en la sociedad chilena y que gozará de autonomía para dirigir su destino. Confía, igualmente, en la libertad de quienes son sus amigos para contribuir generosamente a su crecimiento.

El trabajo universitario tiene también otras dimensiones en las cuales no siempre se repara. Exige humildad y espíritu de servicio. Trátese de las tareas docentes o de las actividades de investigación, cuando ellas están bien hechas en sus logros más llamativos, como pueden ser una nueva promoción que se gradúa, una publicación, un descubrimiento importante, ocultan una labor callada, minuciosa, paciente. Así, en cada alumno que culmina sus estudios hay muchas horas de dedicación de sus profesores; en cada nueva publicación, un largo estudio previo y una redacción a veces fatigosa; y en un hallazgo científico, largas horas monótonas de laboratorio. Bien ha podido decir un universitario ejemplar -Alvaro d' Ors-, que ha realizado una larga y fecunda obra académica: "Sea como sea, sigo viendo la grandeza de la universidad en su servidumbre de cada día, y no veo otra manera de cumplir con el deber moral que nos incumbe que el vivir con esa humildad la existencia académica".

La vida universitaria ha de estar igualmente animada de un espíritu de servicio. Sus manifestaciones son variadisimas. Desde el desempeño de los cargos de gobierno, a las labores cotidianas de limpieza, desde el profesor que atiende a una consulta, el ayudante que presta su apoyo o un alumno, la bibliotecaria que atiende un pedido o el estudiante que alienta a un compañero, todos los actos pueden estar imbuidos de este buen espíritu que hace la vida más amable. Pero también la institución universitaria como un todo está destinada a servir. No se piense, sin embargo, cuando se habla del servicio de la universidad a la sociedad, sólo en los estudios de interés local, regional o nacional que puede realizar una universidad, o en la formación de los profesionales que la sociedad requiere, tras lo cual hay una visión que, a veces, peca de utilitarismo, sino en una misión cultural de mayor vuelo, cual es la tarea de conservar, cultivar y facilitar el acceso a los saberes universales y permanentes, y la de formar élites, hombres y mujeres de calidad o, como el mismo Alvaro d'Ors ha dicho: "una reserva de personas intelectualmente superiores en el sentido de que sean capaces de resistir el dinamismo de las fuerzas sociales".

La universidad requiere, asimismo, de serenidad. El activismo frenético y la agitación de los ánimos impide, como la experiencia lo ha demostrado tantas veces, una vida universitaria fecunda. Pero esto no significa que la universidad sólo pueda actuar provechosamente en sociedades libres de tensiones, que

serían así las únicas que permitirían su adecuado funcionamiento, de modo que cuando nos encontráramos en lugares o épocas caracterizados por la presencia de conflictos, toda universidad estuviera condenada a participar activamente en ellos.

Tal planteamiento olvida que la serenidad es una virtud, aunque haya sido definida como “una rara virtud” y que, como tal, puede ser vivida en circunstancias difíciles. Quien fuera Rector de una universidad europea entre los años 1966 a 1979, una época en que tantas universidades, pero no la que Francisco Ponz Piedrafita gobernara con singular prudencia, se vieron afectadas por revueltas, señaló en la última oportunidad en que presidió la apertura del año académico: “Pocas actividades profesionales pueden ser más aptas que la del universitario para poner en ejercicio la serenidad. Nuestro trabajo no es susceptible de atosigamientos, no cede a la prisa; ni va detrás del logro de un brillo fulgurante o de un éxito espectacular, casi siempre pasajero. El trabajo universitario ha de ser sereno, hecho en profundidad, con solidez; es una siembra generosa a largo plazo, en busca de frutos duraderos”.

La actividad universitaria, como lo recuerdan estas palabras, es una actividad de largo aliento. De ahí la necesidad de constancia en esta tarea intelectual que hoy iniciamos; tarea que requiere de la labor paciente, prolongada en el tiempo, de todos quienes participen en la vida académica. No podemos esperar tener pronto resultados y ésta no es una afirmación que anticipe una disculpa, sino una llamada o la perseverancia para que la cosecha que esperamos se haga realidad en el futuro.

Un joven sacerdote español a finales de los años veinte -Josemaría Escrivá de Balaguer-, según el recuerdo de un contemporáneo, le manifestó en una ocasión: ¿Has visto las cumbres nevadas de las grandes montañas? “Así -continuó diciendo- son las grandes ideas y las grandes inteligencias: parecen distantes, ajenas, aisladas, pero de esa nieve proviene el agua que hace fructificar los valles”.

Ese día en que la nieve de las altas montañas riegue los valles, llegará también para la Universidad de los Andes; llegará, si somos fieles y perseveramos, porque la gracia y la ayuda de Dios no nos faltarán en este camino que hoy emprendemos.